

Disney

*¿Y si Aladdín nunca hubiera
encontrado la lámpara?*

Aladdín

UN GIRO INESPERADO

LIZ BRASWELL



Aladdín

UN GIRO INESPERADO

LIZ BRASWELL

LIBROS 

© 2019 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: octubre de 2019
ISBN: 978-84-9951-928-9
Depósito legal: B. 17.110-2019
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Todo eso por una hogaza de pan

Tal vez la luna seguía por ahí, en algún lugar del cielo, pero ahora era su hermano el sol quien reinaba, y todo se desdibujaba en la blancura del cálido día, que se sentía aún más ardiente en un brillantísimo tejado desconchado por los efectos del astro rey.

—¡A salvo! —exclamó Aladdín con una sonrisa y su preciado tesoro bajo el brazo.

Echó un vistazo por encima del muro de un edificio para asegurarse de que nadie lo viera allí; sus oscuros brazos se flexionaron con fuerza natural cuando se alejó de los duros ladrillos. Luego, se sentó, relajado y listo para partir su valioso premio por la mitad. Sus grandes ojos de un color castaño claro brillaban con un entusiasmo alegre.

—Una hogaza de pan: más valiosa que todas las gemas frías y resplandecientes del bazar.

El pequeño mono a su lado cuchicheaba, expectante.

Abú fue el último regalo de su madre. El padre de Aladdín, como

era de esperar, no volvió de «buscar su fortuna en el extranjero». De todas formas, Aladdín nunca se había creído ese cuento de hadas, así que la pérdida del progenitor no fue tan sentida. Pero su madre había temido que no fuese por el buen camino, que se volviera demasiado solitario por no tener una familia de verdad. Pensó que una mascota le haría bien.

Y tal vez lo hizo...

... excepto que ahora robaba para los dos.

—Y la comida está servida, por fin —dijo Aladdín, y le hizo un gesto a su amigo con el pan.

—¡Alto ahí, ladrón!

Abú huyó. Aladdín se levantó de un brinco.

De algún modo, los guardias del mercado habían logrado trepar por la escalera que llevaba al techo sin que Aladdín se diese cuenta. Bueno, dos habían llegado hasta arriba, seguidos del iracundo Razoul. En esos días llevaba un turbante rayado, adornado con un ónix negro que lo distinguía como el capitán de la guardia. A pesar de sus enfrentamientos, hasta Aladdín debía reconocer que el hombre había ascendido de rango de una forma honesta.

Pero eso no significaba que a Aladdín le cayese simpático.

—¡Te cortaré las manos y me las quedaré como trofeo, rata callejera! —bramó Razoul.

Resoplaba mientras arrastraba su cuerpo por las escaleras.

Debía de estar el doble de enfadado por el esfuerzo que había supuesto llegar hasta allí.

—¿Todo esto por una hogaza de pan? —preguntó Aladdín, molesto.

Eligió cogerla específicamente de uno de los carros cargados para un paseo real, un pícnic para el Sultán o uno de sus festivales de cometas o algo igual de ridículo. Por más gordo que fuera, el pequeño Sultán no echaría en falta una diminuta hogaza de pan.

Pero al parecer, los guardias sí. Y, según la ley, si el acusador lo decidía, podía hacer que le cortaran la mano al ladrón como castigo.

Por si fuera poco, bajo la luz del sol, la cimitarra de Razoul se veía más brillante y afilada que de costumbre.

Así que Aladdín saltó por una pared del edificio. Era muchas cosas: rápido, fuerte, astuto, ágil, sagaz, habilidoso, pero no así imprudente. Por ello, mientras los guardias se detenían de golpe, sorprendidos por lo que parecía un acto mortal y descabellado, él, muy ligero, cayó con gran habilidad al otro lado y se colgó de los tendedores que sabía que habría. Siempre existía, por supuesto, la posibilidad de que las cuerdas no soportaran su peso.

Pero Aladdín tenía la suerte de su lado. Agarrarse con las manos solo provocó que recibiera golpes de ropa limpia en la cabeza y que se le quemaran los dedos con las cuerdas, mientras su descenso perdía velocidad. Cuando el dolor fue intenso, se soltó y aterrizó sobre la calle con un duro golpe de huesos y con varios moratones.

No tenía tiempo para reflexionar sobre su seguridad, o su suerte, ni siquiera para revisar alguna de sus heridas. Debía planear su siguiente movimiento de inmediato, mantenerse un paso por delante de los guardias, quienes se apresurarían a bajar y ver qué le había sucedido.

Aladdín se había enredado en las túnicas de la Viuda Gulbahar. Se le ocurrió que, si nadie lo veía, podría sin problemas envolverse en ellas, disfrazarse de una chica piadosa, aunque algo fea, y escabullirse en uno de los harenes.

Hizo una pausa, y una fuerte risa femenina estalló por encima de él.

Alzó la mirada para ver a la viuda asomada a una ventana, riéndose burlona. Había otras dos mujeres cerca, seguramente estaban compartiendo un chisme antes de su emocionante llegada. Ese sería su único placer del día sin tener en cuenta la tarea de encontrar comida y trabajo.

—¿No es un poco temprano para meterte en problemas, Aladdín? —se mofó Gulbahar.

—Solo te metes... ay... en problemas... ay... si te atrapan —protestó Aladdín.

Intentaba disimular el dolor mientras se levantaba y se reunía con ellas. Había esperado que captaran su plan cuando se envolvió un paño al cuello y a la cabeza. Se apoyó en la pared de una manera que pareciera femenina, con la cadera hacia delante y la espalda pegada al callejón por el que llegarían los guardias.

Gulbahar hizo una mueca y meneó la cabeza.

—Aladdín, tienes que sentar la cabeza. —Suspiró—. Una buena chica lo conseguiría.

Las demás mujeres asintieron en señal de conformidad. Sabían lo que era ser una buena chica, aunque no por experiencia propia. Pero al menos tenían qué comer, privilegio que, en Agrabah, por lo regular, las buenas chicas no tenían.

—¡Ahí está! —gritó Razoul de pronto.

Él y todo un escuadrón de guardias avanzaron a grandes zancadas por el callejón y le cerraron el paso a Aladdín.

—Ahora sí que tengo problemas —se lamentó.

Se dio la vuelta para escapar, pero Razoul debió unir la rabia y las fuerzas que le quedaban para dar un enérgico salto. Logró atrapar a Aladdín por el brazo y lo encaró.

—Esta vez, rata callejera, te voy a...

Sin embargo, antes de que pudiera terminar su amenaza, un pequeño mono gritón le saltó a la cabeza y le arañó los ojos con sus afiladas uñas.

—Justo a tiempo, *Abú* —exclamó Aladdín en un tono melodramático, para deleite de las mujeres que presenciaban la escena.

Y entonces echó a correr.

Se escabulló por un costado de Razoul y logró esquivar al resto

de los guardias que intentaban atraparlo con torpeza. Diez de ellos no valían un solo Razoul, por fortuna. Razoul era el único que le preocupaba a Aladdín, pues conocía las calles casi tan bien como él mismo.

Aladdín se agazapó en lo que parecía un agujero de la misma ciudad, donde dos edificios se encontraban y se inclinaban uno sobre el otro, sosteniéndose como dos ancianos. Corrió por el espacio que había entre ellos y llegó a un jardín medio abandonado. En el centro había una fuente seca e inservible. Quizá alguna vez, hacía mucho tiempo, había funcionado, si acaso existió un Sultán a quien le importara que las cosas estuvieran en buen estado para los residentes más pobres de Agrabah.

Razoul apareció en el lado opuesto del jardín con la cimitarra en alto.

—No creas que puedes huir por el laberinto de las Calles Orientales —declaró con severidad.

Casi se le escapa una sonrisa al ver la mirada de sorpresa en el rostro de Aladdín.

—Ah, sí, conozco tu plan. Pero infringiste la ley. Debes aceptar tu castigo.

—¿De verdad me vas a cortar la mano por robar... una... hogaza... de pan? —preguntó Aladdín, en un intento por hacer tiempo mientras saltaba de puntillas y daba vueltas para mantener la fuente como un obstáculo entre ellos dos.

—La ley es la ley.

Aladdín se zafó por la izquierda y trató de dar una zancada hacia la derecha. Razoul no se tragó el engaño; su cimitarra se dirigió hacia la derecha. Aladdín se agachó y encogió el estómago, pero no resultó ileso: una diminuta línea escarlata se le dibujó en la piel. Gimió de dolor.

Razoul se detuvo.

—Tal vez, si se lo explicas al juez, tenga piedad. Puede... considerar tus circunstancias. Pero ese es su trabajo. El mío es entregarte.

—¿De verdad? Yo pensaba que tu trabajo era comer *baklavas*. Te has vuelto lento, viejo patán —se burló Aladdín.

Con un aullido de furia, Razoul hizo caer su cimitarra con tanta fuerza como pudo.

Aladdín se encogió hasta hacerse una bola y se alejó rodando. Cuando la punta de la cimitarra golpeó el pavimento de adoquines, salieron chispas.

Aladdín trepó entre andamios oxidados que apenas soportaban su peso. Sin duda, no aguantarían el de Razoul.

El frustrado guardia lo maldijo, y Aladdín corrió tan rápido como pudo y saltó de tejado en tejado sin rumbo fijo. Sin una idea o plan concretos, se concentró nada más en poner tanta distancia entre el mercado y él como fuera posible, antes de volver a las calles en el apacible y oscuro Barrio de las ratas callejeras.

Un chillido le anunció que *Abú* por fin lo había alcanzado. Saltó sobre su hombro y se aferró a él, mientras Aladdín, aún cauteloso, se mantenía en las sombras y se arrastraba por las casas vacías, a través de sus ventanas resquebrajadas y sus puertas entrecerradas.

Al final, sintió que podían detenerse cuando llegaron a un callejón tan decrepito y abandonado que funcionaba como el basurero improvisado de los barrios bajos. Ningún trabajador de la ciudad entraría a llevarse aquellos desechos, así que la basura se acumulaba en grandes pilas que los más pobres de los pobres escarbaban en busca de sobras que otros hubieran pasado por alto. Era apestoso, pero seguro.

—¡Uf! El viejo es cada vez más lento, pero también más listo —admitió Aladdín a regañadientes, y se sacudió el polvo de los pantalones y el chaleco—. Ahora, estimado efendi, comeremos.

Se apoyó en una pared y por fin partió el pan y le dio la mitad a *Abú*, quien la tomó, emocionado.

Sin embargo, justo cuando Aladdín estaba punto de morder su trozo de hogaza, lo detuvo el traqueteo de algo que golpeaba el pavimento.

Esperaba que fueran los guardias.

Esperaba tener que correr de nuevo.

Lo que no esperaba era ver a dos de los niños más escuálidos y pequeños de Agrabah. Los niños se sobresaltaron, asustados por el ruido que ellos mismos habían hecho al escarbar en la basura mientras buscaban algo de comer. Cuando vieron a Aladdín, no se abrazaron el uno al otro, pero sí se aproximaron para sentirse más seguros. Sus ojos eran enormes. Sus vientres parecían encogidos. Solo al examinarlos más de cerca, Aladdín alcanzó a ver que uno de ellos era una niña; sus harapos no tenían forma y ambos estaban muy muy delgados.

—No os haré daño. Me parecéis familiares. ¿Nos conocemos?

Los niños guardaron silencio y escondieron a sus espaldas lo que llevaban: huesos y cáscaras de melón.

«Las ratas callejeras se cuidan entre ellos.» Las palabras de su madre cruzaron los años hasta llegar a él.

—Para vosotros —dijo Aladdín.

Se puso de pie despacio y sin hacer movimientos bruscos. Sabía lo que era temer que cualquiera que fuera más grande, que estuviera más sano o que fuera mayor pudiera robarte y quitarte lo que tuvieras. Mostró las manos: una vacía, en señal de paz, y la otra con la hogaza.

Los dos niños no pudieron evitar mirar el pan.

—Cogedlo —los animó con gentileza.

No necesitó mucho para convencerlos. La niña, más audaz, se estiró y lo cogió; intentó que no pareciera que se lo estaba arrebatando. Murmuró un «Gracias» antes de partirlo casi por la mitad a toda prisa. Le dio el pedazo más grande a su hermano, que era más delgado y más pequeño.

Abú lo observó todo con interés mientras masticaba su porción.

Aladdín sintió que un nudo de rabia se le quedaba en la garganta.

¿Cuándo había sido la última vez que esos niños habían disfrutado de una comida o de un buen trago de agua limpia? Así había sido su infancia. Nada había cambiado. El Sultán seguía sentado en su hermoso palacio de cúpulas doradas y se entretenía con sus juguetes mientras en las calles la gente se moría de hambre. Nada iba a cambiar hasta que el Sultán —o alguien— despertara y viera el sufrimiento de su población.

Aladdín suspiró y se puso a *Abú* en el hombro. Caminó hacia su casa lentamente, con el estómago vacío, pero lleno de rabia y desesperación.